

# Planeación estratégica

ALFREDO MOLANO BRAVO

**L**OS KIDS DE PLANEACIÓN NACIONAL conocen al país desde los pisos altos del edificio de la 26, como antes lo han atisbado desde la Circunvalar, o como después, cuando abren su oficina de negocios de asesoría, lo descubren desde helicópteros privados. Hay algunas excepciones: unos pocos bajan a Sasaima los domingos a jugar golf —previa llamada al Batallón para asegurar protección— y la gran mayoría han lavado su título de ingeniero de una universidad colombiana con el de Phd en economía de una universidad de provincia gringa. No entienden nada distinto a las cifras, la única manera para poder tasar todo lo que existe en dinero, que es lo que al fin de cuentas les interesa. Es su especialidad. Asumen que el mundo comenzó el día en que ellos se pusieron la corbata y por un palancazo del papá —o del tío— firmaron su primer contrato. Esos muchachos, digo, nos han venido diciendo que la tierra —y su concentración— perdió todo sentido económico.

Lo que está sucediendo en el país y que desde las ventanas de sus oficinas no se ve, es una revolución agraria de largo aliento y signos nada tranquilizadores. No hablemos ya de lo que pasó y que explica en buena medida la Violencia de los 50, la creación de las guerrillas de los 60, los cultivos ilícitos de los 70, las masacres de los 80, el destierro de pueblos enteros de los 90. Hablemos de los cuatro millones de hectáreas que han pasado de las manos de la aristocracia rural, sangre azul, a manos de los *don bernas* y de los *macacos*, narcos de pura sangre. Esta simple transformación podría explicarnos muchas de las alianzas que ahora se firman y que constituyen una especie de acuerdo de gobernabilidad que tiene una premisa: en tierras no habrá reversa, lo que quedó vendido, quedó perdido. Así les den los hatos por cárcel, los narcos no aceptarán perder sus tierras. El mismo principio funciona para las tierras de las que han sido despojados los campesinos, indígenas y colonos, muchas de las cuales están programadas para convertirse en haciendas ganaderas o en plantaciones de palma

africana: no serán devueltas. El caso de Jiguamiandó y Curvaradó es la mejor expresión de la voluntad del gobierno de Uribe en materia de reconciliación: a bala paramilitar les han robado la tierra a las comunidades negras ancestrales, para transferírselas a los empresarios palmeros que, con toda seguridad, preparan un modelo laboral muy original: emplear paracos con licencia para usar motosierras a discreción. Al fin y al cabo, al Chocó lo buscan convertir en la colonia de Antioquia, con ejército propio. La carretera que acabará destrozando el Darién para abrirles paso a los inversionistas —nuevo concepto con que se conoce a los tradicionales mercachifles— es la punta de lanza de esta estrategia. Como lo es también en la Amazonia la proyectada carretera que uniría a Belém do Pará con Tumaco. Alegan los planificadores que en Colombia esa vía utilizaría varios ríos y no sería una autopista propiamente dicha. Sospecho que este argumento buscará adornar de sentido ambiental la Ley de Aguas que transita ya por el Congreso y que es hermana gemela de la Ley Forestal, a punto de ser aprobada a pupitrazos. Son piezas magistrales que anteponen el principio del lucro privado a cualquier otra función: la consigna es, pues, vender agua y madera a como den.

Nada puede esperarse de la flamante Comisión de Reparación en cuestión de tierras. En el fondo no devolverá los predios sino, al revés: justificará y legalizará el despojo. Admito que habrá ceremonias presididas por generales y arzobispos para entregar algunas tierras de mala calidad confiscadas por la Dirección Nacional de Estupefacientes a clientelas previamente escogidas por Incode. Pero el cuadro general no cambiará. Los arreglos que diseñará Pizarro no serán más que nuevos prólogos a nuevas y quizás más encarnadas violencias. Los conflictos se reproducen siempre en las paces mal hechas. Y si en el Atrato llueve, en el Cauca truena: el pueblo indígena Nasa no cesará —haya los muertos que haya— en su reclamo territorial. Ya el jueves hubo 46 heridos y fue asesinado un joven líder del movimiento. Así rabien los ganaderos de Ambaló, de El Hapio o de la hacienda La Emperatriz, la tierra terminará, algún día cercano, en manos de indígenas. Ellos saben qué es la resistencia y por eso afirman el sentido de sus luchas con citas de el *Eclesiastés*: *"El sol sale, el sol se pone, y no piensa más que en salir de nuevo, como aquel que ama su tierra, y muere por defenderla..."*.

alfrelano@yahoo.es